





# ATRAPANDO MOSCAS Y OTROS EJERCICIOS



Mario Miguel Ojeda

ATRAPANDO MOSCAS  
Y OTROS EJERCICIOS



Primera edición: enero de 2025

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Mario Miguel Ojeda

ISBN: 979-13-87612-36-8

ISBN digital: 979-13-87612-37-5

Depósito legal: M-28403-2024

Editorial Adarve

c/ Luis Vives 9

28002 Madrid

[info@editorial-adarve.com](mailto:info@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Dedicado a Martín Ojeda Salinas  
o Martín Juan Ojeda,  
mi padre, QEPD.*





Goza pues el momento presente. Aquellos que buscan la posteridad no aceptan la semejanza con los que vendrán, como tampoco soportan a sus contemporáneos. Finalmente, a ti, ¿te importan tanto los huecos rumores de la gente y el qué dirán?

Marco Aurelio, en *Máximas y enseñanzas*.



## ATRAPANDO MOSCAS

Lo hago eventualmente. Casi siempre en verano porque es cuando hay más. Aunque no son muchas. Como la casa está regularmente limpia aparecen muy de cuando en cuando. Esto último es lo que explica la eventualidad de mi tarea.

No tengo memoria de cuándo fue que empecé a hacerlo. Seguramente fue cuando era niño y vivía en el rancho. ¡Ahí sí que hay! Hay de verdad muchas. La gente ya ni se ocupa de ellas. Son parte del ambiente. Todo el tiempo volando por aquí y por allá y parándose en todas partes.

A esta casa llegamos a los tres años de casados. Cerca de aquí había un basurero al que los del municipio llaman pomposamente «relleno sanitario». Por eso los primeros de aquellos años seguramente había más que en años recientes. No lo recuerdo exactamente. Mi memoria no es buena. Suena lógico que así fuera. Me imagino que entonces sería más fácil atrapar varias al día. Ahora como son raras debo estar más atento. Y desde luego conformarme con una o dos al día.

Con la experiencia en esta peculiar tarea me he dado cuenta de que es más fácil atraparlas ya por la tarde. Es cuando está limpio todo y ellas buscan y buscan dónde chupar algo.

A la hora de la comida solo las espanto. Si hay una o dos, lo que hago es aguantarlas. Pienso que resulta de mal gusto atraparlas mientras la familia come.

Después de la limpieza están más a sus anchas. Aunque parezca extraño eso las hace más vulnerables. Ahí es cuando yo entro en acción.

Con la experiencia he aprendido que esto lo tengo que hacer a solas. Es una suerte de acto íntimo. Prefiero hacerlo mientras la niña y ella duermen la siesta. Para eso me aseguro viendo por la puerta entornada que duermen profundamente. Yo no duermo siesta, porque si lo hago entonces me cuesta dormir por la noche. Alguna vez me ha sucedido que si tomo siesta y logro conciliar el sueño, me despierto de madrugada. Entonces me atrapa el insomnio. Por eso prefiero no dormir siesta. Seguramente lo he hecho muy pocas veces en mi vida.

El acto de atraparlas requiere una arena y un ambiente especiales. Todo debe estar en silencio. Entonces las dejo que se sientan en confianza. Normalmente son unas dos o tres. Ya dije que ahora hay pocas.

Primero me regodeo mirándolas. Se paran aquí y vuelan para allá. Yo las veo desde un sitio estratégico en la sala. Las sigo con mi vista haciéndome el distraído. Ellas empiezan a volar cerca de mí. A veces hasta se paran en mi cuerpo. Yo me hago como que no las veo. Puede que incluso se atrevan a pararse en mis manos. Entonces

hago como que no las siento. Las dejo hacer de las suyas. Así hasta que llega un momento en que están en plena confianza. Para eso las tengo que aguantar un buen rato. Se requiere la paciencia.

Para no aburrirme me siento a leer. Ellas me acompañan con sus rondines. A veces hasta se paran en el libro. Recuerdo que alguna vez caminaron sobre las mismas líneas que leía. Me sorprendió que se atrevieran a tal intromisión. Yo las dejo hacer. Hasta que llega un momento en el que me dispongo a lo mío.

Estoy leyendo. Me percato de que es el momento. Pongo el libro cerrado sobre la mesa. Respiro profundo. Me trueno los dedos. Es entonces cuando realmente estoy preparado. Camino de un lado a otro. Las sigo con la mirada. Con una suerte de impulso interno me declaro totalmente listo para el lance.

Es en ese momento en el que pienso que alguna de ellas acepta el reto. Me parece que esa entiende lo que sigue. Hasta pienso que sabe que eso será un duelo, porque vuela frente a mi cara y después se aleja. Luego vuelve. Yo aguzo la vista. Espero a que se pare a mi alcance. Me dispongo al acto. Un momento culminante es cuando hago la posición de mi mano. Esta se vuelve como un cucharón. Debe ser precisamente cuando la mosca se ha parado a mi alcance. La idea que me ocupa es que ella me reta. Me convengo de que acepto el reto.

El arte de atraparlas consiste en adivinar su trayectoria de vuelo. Es necesario anticipar la ruta y cerrar la mano en el preciso momento en el que ella pasa al alcance.

Cuando logro atraparla me invade un regocijo. La siento debatirse desesperada por haber sido atrapada. La siento dentro del hueco cerrado de mi mano. Me regodeo sintiéndola unos momentos. Me acerco la mano cerrada al oído. La escucho zumbar desesperada. Me siento triunfante. Lo disfruto. Y cuando la alegría empieza a diluirse, la dejo ir.

## AVISTAMIENTOS MATUTINOS

Cada mañana me poso por unos minutos ante una de las ventanas de nuestra casa. Como tenemos muchas, tar-do varios días en regresar a la primera, así que los detalles que miro en cada cual se van haciendo lejanos en mi memoria. No obstante, con frecuencia vuelvo para apreciar las mismas cosas. Esto me parece raro, porque siempre tengo muchas cosas que ver.

Por ejemplo, en la ventana al balcón tenemos una maceta grande con una planta de esas que les llaman «copa de oro». Da unas flores amarillas, de tono brillante; sus pétalos aparecen sobrepuestos, pero bien unidos, por lo que cada flor aparenta una copa. La planta está sostenida por un tronco leñoso que se ramifica rápidamente haciendo que las extensiones crezcan como tentáculos. Cada ramal da lugar a brotes que crecen como ramitas, ciertamente de manera irregular. Las flores aparecen como coronando cada ramificación, y pueden ser una, dos, y hasta tres. De esta manera, al describirla, me doy cuenta de que la apariencia de la planta es lo que me subyuga. Como florece durante casi todo el año, no me canso de mirarla. Quizá sea por lo hermosa que es.

En una de las ventanas laterales del estudio puedo apreciar el jardín del vecino. Ahí crece, casi al centro, una familia —así le digo yo— de palmeras. Son nueve, y su altura es casi la misma, de unos ocho metros, aunque en la parte alta unas se ven más altas que las otras. Como nuestro estudio está en el tercer piso puedo ver desde una perspectiva inigualable la estructura que siguen los tallos: alargados y delgados (muy delgados). En la parte baja están muy juntos, y conforme suben, poco a poco, se van abriendo; me imagino que, para dar lugar a las copas, requieren de un espacio para que crezcan las hojas. Cada una de estas palmeras está coronada por unas ocho, nueve o diez hojas, algunas de las cuales son tiernas, pero también tienen una o dos secas, o a punto de secarse. Conforme se van secando las hojas pierden su erección hasta que se cuelgan, y luego se caen. La última vez que vi las palmeras, recuerdo que había tres hojas secas, colgadas totalmente. Las imaginé como cadáveres. Alguna mañana he visto al vecino recoger una o dos hojas para ponerlas en una esquina del jardín donde no estorban ni tampoco se ven mal ahí amontonadas. Recuerdo que alguna vez miré cómo las trocea, para luego mezclarlas con tierra; él hace con eso abono para el jardín.

Otra de mis ventanas del estudio da a la calle. Por alguna extraña razón me fijo más en los cables que en los ciudadanos de la colonia, los cuales invariablemente pasan mientras yo miro. Bueno, en realidad sí los miro, pero no los observo; no sé por qué no me gusta observar a la gente. Están frente a la casa los cables de la luz, pero también



los del teléfono y los de la televisión. Estos últimos están sostenidos sobre los postes de la luz, un poco más abajo que los cables de tensión. Hace mucho me dijo un ingeniero —que trabaja conmigo en el despacho— que la compañía de luz le cobra a la compañía de televisión por el uso de sus postes. Resaltó mi amigo que es un buen negocio, porque es una muy buena renta mensual, que en algunas zonas es más que la factura del consumo de luz. Como él sabe mucho de este tema, no lo dudo.

Los pájaros regularmente gustan de posarse en los postes de teléfono, aunque he visto que las tortolitas —que por aquí abundan— se posan también en los de televisión; me imagino que al ser los cables más gruesos les permiten una estadía más estable; ellas se regodean al estar en pareja, y se hacen exploraciones interesantes la una a la otra; se ve como si se hicieran cariñitos; ¡me encanta verlas así! Por todo esto prefiero ver hacia los cables, porque ahí puedo apreciar a los pájaros y sus conductas, que siempre tienen algo de interesante para mí.

En la recámara tenemos una ventana que da a un jardín interior de la casa. A mi mujer le gusta cultivar plantas de sombra; tenemos varios tipos de helechos que se dan muy bien en este lugar que hemos acondicionado, quizá por la buena iluminación y la excelente ventilación. Cuando me toca ver nuestro cultivo de helechos me regocijo descubriendo los crecimientos recientes; resulta sorprendente la forma en que se reproducen. En este caso, mis observaciones se orientan con un propósito muy específico: identificar lo que debo podar, resembrar, cambiar de

lugar, etc. Regularmente, después de mis avistamientos en esta ventana, sé que debo desayunar y después dedicarme a mis tareas de hortelano.

La ventana de la cocina da a nuestro jardín trasero. Ahí crece el árbol de jinicuil, que es muy alto, y frecuentemente lo podamos de los ramales bajos, para que no haga tanta sombra al pasto y a la casa misma. En el tronco he ido poniendo epifitas y orquídeas. Este tipo de plantas se pegan y consumen de la materia y nutrientes que se generan en este pequeño ecosistema que se forma ahí. Ver mi colección me llena de orgullo, sobre todo en la época de la primavera cuando las orquídeas me regalan sus floraciones. Aunque también tengo algunas de esas que les dicen «lirios de Todos Santos», precisamente por la temporada en que florecen.

La ventana lateral da a los jardines de los otros vecinos. Ellos tienen dos casas conectadas por un pasillo, por donde con frecuencia por la mañana caminan los gatos. Cuando miro por esta ventana exploro para ver a estos animales en el lugar en el que están parapetados, a veces en alguno de los corredores. Es extraño, pero muy pocas veces aparecen los vecinos. Cuando esto ha sucedido, rápidamente dejo de ver, para que no piensen que estoy figoneando.

En la recámara de la niña hay una ventanita que me toca ver también. Esa da a una vista de la segunda planta de los otros vecinos —de los que desde el estudio veo su jardín—; es su cuarto de lavado, que lo tienen ubicado en la azotea. Miro las ropas tendidas y me imagino el trabajo

de la señora que les ayuda, a la cual he visto alguna vez afanada en su quehacer.

La ventana del baño da a la copa del jinicuil. Ahí también acostumbro a ver a los pájaros; siempre hay alguno. En la primavera, seguramente primavera; a veces pájaros carpinteros; también urracas, y eventualmente cotorros, estos sobre todo en el verano, cuando el árbol tiene vainas, que a ellos les gusta despedazar para extraer los dulces algodones que cubren las semillas que dentro de las vainas da esta planta.

En fin, creo que he terminado mi tarea de hoy: la maestra del taller nos dijo que escribiéramos estampas de nuestras observaciones. Y esto es lo que me salió. Espero que a ella le guste.

